

cocina vacía y abandonada. El piso primero de la torre, según veo en minuciosas descripciones hechas y planos abiertos por los escritores más realistas, componíase de una Biblioteca conteniendo quinientos volúmenes y de un comedor espacioso donde se instalaron tres damas de honor que acompañaban á la Reina y que tan pocos días estuvieron á su lado. Más angosta la escalera conducente del primero al segundo piso, que la conducente del bajo al primero, ampliaba las habitaciones, merced á lo cual crecían allí en extensión y número. La triste antecámara, de una oscuridad espantosa, quizá era el peor entre todos aquellos cuartos, ó cuartuchos. Madame Lamballe la pidió para sí, por estar más cerca de su Reina y poder cuidarla más asiduamente. Habíanle dejado á la pobre majestad caída un cuarto con luces al jardín, en el cual podía con facilidad acomodarse con su hija, la célebre y desgraciada Duquesa de Angulema, y así designósele, no solamente como dormitorio de Antonieta y su hija, como punto de reunión en que poder congregarse toda la real familia. En otro cuartito cercano á este habían aderezado tres camas, una que debía recibir al Delfin, otra que debía recibir á la institutriz Madame Tourzel, otra que debía recibir á Madame Saint-Brice, habitación muy mal acondicionada, pues servía de paso á un vestuario donde la familia real y su corte, los calaboceros y sus milicianos, ponían en común sus abrigos. A esto se añadía una desnudez completa. Pensóse por la Comunidad y por el Congreso en muchas habitaciones antes de señalar el Temple al Rey. Ministerio de Justicia, residencia del Arzobispo, real palacio de Luxemburgo, todos estos edificios se habían estudiado; y aun algunos más para contener la familia real. Pero, como la residencia de esta fuera grande objeto litigioso entre la Comunidad y el Congreso, teniendo muchas incidencias el dichoso litigio, no había objeto alguno útil, y menos lujoso, apercibido en las cárceles del Temple para los improvisados cautivos. Muchas piezas veíanse desamuebladas, con especialidad las que Luis escogiera para sí mismo en su bonachona y pacientísima pasta. Por esta razón las cámaras del Monarca y sus servidores se hallaban desnudas completamente, desnudez á que Luis XVI se avenía de grado con tal que le dejasen al infeliz en paz y no lo llevaran, entre sayones, de Pilatos á Caifás y de Caifás á Pilatos en aquella calle de amargura sin término. Para todos había estos enseres: cama de la Princesa Lamballe modestísima, lecho de la Reina cubierto con una colcha brochada, mesita de juego con cajas de negro ébano y fichas de blanco marfil, chimenea con su correspondiente sobrechimenea de tafetán blanco, cuatro sillones de telas azules, dos taburetes, algunas cortinas, canapés en forma circular, otomanas cubiertas con terciopelo de Utrech, algunos objetos de limpieza, catres de quita y pón acompañados de sus correspondientes colchones éticos, y alguna que otra cosilla más. En una especie de armario tuvieron que refugiarse los dos gentiles-hombres del Rey: Hue y Clery. Mas como brillara una lucerna en aquel estrecho recinto; so pretexto de que podía el Rey comunicarse con los guardas nacionales del terrado vecino, cuyos pies

apenas podía columbrar desde lo bajo de su habitación andando él muy arriba. Las ventanas del cuarto de Luis, daban sobre las rotondas del Mercado próximo. Algunos grabados ornaban las paredes, mas como fuesen indecentes, el Rey los mandó retirar á fin de que no los vieran sus hijos. En una cocina del piso cuarto, que daba sobre las habitaciones del Rey, habilitaron dos catres y en estos dos catres durmieron la princesa Isabel y otra compañera de cautividad. Tal era el alojamiento de los que habían poseído el Louvre, Fontainebleau y Versalles.

Sin embargo, en materia de mesa y comida, no anduvieron como en materia de hospedaje. Luis XVI, buen diente, no podía quejarse. Comunidad y Cámara lo trataron á cuerpo de Rey. Habíanlo destituido del trono; pero dejádole á su gusto el comedor. La Historia de Francia en todo tiempo es fácil, por lo muy aficionados que son á escribir los franceses memorias personales enlazadas con los hechos públicos; mas el período histórico, sobre todos fácil, resulta este período revolucionario, porque los franceses conocen demasiado cómo deben á la revolución su predominio moral en el mundo y cómo por su revolución han ellos en su frente condensando el espíritu moderno; y escribiendo bajo esta creencia y sentimiento innumerables obras presentadas con brillo donde aglomeran recuerdos de manera que ninguna minuciosidad, ninguna, se ha perdido para los tiempos nuestros de tan horrible y complicada tragedia. Tengo ante mí copioso número de notas relativas al plato de los cautivos en el Temple; y se me hace difícil sacar de tales documentos, cargados con minucias baladíes, aquello que importa de algún modo á la Historia. El exceso de noticias daña tanto á una buena relación histórica como la escasez. Nada tan fácil á un historiador moderno como escribir la historia del pueblo romano antiguo; documentada por monumentos clásicos, en cuya contemplación se recrea el espíritu, pues á la imitación y á la copia se prestan de un modo admirable, y basta repetirlos para resucitarlos en todo su esplendor y resucitar sus célebres y sacros tiempos. Entre tantas noticias aparece como un hercúleo trabajo la selección acertada. Yo prescindiera de noticias y datos tan vulgares como el importe de las comidas hechas por los reyes en el Temple, si estos datos no indicasen un estado mental é psicológico de la revolución francesa que conviene al conocimiento de tal período fijar con toda verdad y toda exactitud. En las primeras semanas del mes de Septiembre y últimas del mes de Agosto, no fueron los reyes tan mal tratados en su cautiverio como lo fueron más tarde, ya porque no se había proclamado aún la República, ya porque pretendían los revolucionarios guardar con cuidado las personas reales como se deben guardar unos preciosos rehenes. Del estado mental de Condorcet, de estado mental de Vergniaud, del estado mental de varios políticos, inclinados á la República, pero resistentes á una llegada prematura de semejante forma del gobierno humano, participaban muchos revolucionarios de pelo en pecho, los cuales guardaban aún la Monarquía con verdadera previsión para el caso en que, no pudiendo llegar á un triunfo



definitivo sobre la Europa monárquica, se tuviese que llegar á un arreglo. Mas, fueran éstos, ó fueran otros los móviles de aquellos respectivos procedimientos usados con los reyes en las primeras semanas de su cautividad, es lo cierto que podían atormentarlos con tormentos morales intensísimos y podían retenerlos en alojamientos muy estrechos; pero proveían á su manutención personal con verdadera esplendidez. Doce jefes de boca, según la traducción literal de las denominaciones dadas á tales cargos; un rey de cocina parecido á los antiguos reyes romanos de banquete; un cocinero encargado del asador; un mozo pinche á su vez encargado de dar al asador vueltas; un criado argentario para la vajilla, un criado lavandero de manteles y servilletas, tres auxiliares de los mayores cocineros; todos estos domésticos estaban en los subterráneos del Temple, donde se guisaban las comidas, á disposición y uso de Luis XVI. En el desayuno abundaban los pocillos de chocolate y los tazones de café y las conchas de crema y los vasos de jarabes helados y los panecillos de mantequilla y los bizcochos de todas clases; en los almuerzos usábanse tres sopas, dos asados, muchos entremeses, varios almibares y cuchipandas, ricas botellas de Champagne y Burdeos y Malvasía; en las comidas, que llamamos nosotros á la española cenas, iguales abundancias y ostentaciones, sin otra diferencia sino poner aparte, una mesita y un cubierto al Delfín, haciéndole así comiera menos y se acostara más pronto que sus padres. En los días de ayuno se aumentaban los platos, porque mientras Luis XVI comía de vigilia, siempre con arreglo á los mandatos eclesiásticos, los demás comensales tomaban indistintamente, ya el pescado, ya la carne, ó promiscuaban. El panadero, en los primeros veinte días de cautividad mandó cien libras de pan, el carnicero cien libras de carne, veinticinco libras de tocino el salchichero, mil quinientas cuarenta y cinco libras de caza el pajarero, sin entrar en cuenta las legumbres y hortalizas y verduras llevadas de Versalles, con ochenta y tres cestos de melocotones que supongo serían los sabrosos é inapreciables de Montreuille. La Comunidad revolucionaria expuso el presupuesto de los gastos como pudiese poner una mujer casera ó un marido cominero la cuenta de su plaza ó de su lavado. Así, en el primer período de la estancia, cuarenta libras de manteca diarias y otras cuarenta de lechugas; dos mil ciento cincuenta y dos huevos frescos del día, por lo menos, de la semana; cuarenta pintas de leche y ciento once de crema; doscientas veintiocho botellas de Champagne. Cuando la Comunidad, en mediados de Septiembre, publicó tales cuentas, el grito y el escándalo de los revolucionarios llenó la inmensidad del aire. Los papeles rojos no se cansaban de comentarlas. Pintarrachados cartelones salieron por las calles con letras muy gordas llamando el popular interés y la universal atención sobre los enormes gastos hechos por la gente real cautiva en el Temple. Para mostrar que no exageramos, copiaremos uno de los pasquines, que dice así: «No extrañaréis, parisienses, que los alimentos encarezcan, pues las personas reales del Temple, verdaderos antropófagos, á quienes creéis cautivos, han devorado cien libras de vaca y veinti-

ticinco libras de tocino diarias, y en veinticinco días quinientas cuarenta y cinco libras de aves». La plata de los detenidos, según Mr. de Vié, Historia de Antonieta, estaba compuesta por una sopera de peso y valor argenteos, diez y ocho cubiertos, dos cucharones, doce cucharillas de café, doce cuchillos. El Congreso legislativo proveía con la Comunidad á estos gastos, y no le faltaba crédito en los presupuestos, pues los diputados le decretaron quinientas mil libras al Rey hasta la reunión del futuro Congreso, las cuales quinientas mil libras se le debían pagar por octavas cumplidas, y no cabe dudar que algo recibió de tan extraña dotación. El Rey aguardaba que le notificaran la hora de comer, y en cuanto se la notificaban iba desalado al comedor. Allí tomaba la cabecera; y la Reina y las princesas y las demás señoras, se asentaban, guardando el ceremonial, como si estuvieran en Palacio, según sus respectivas dignidades y categorías. No hay que olvidar historiamos las primeras semanas del cautiverio, por tanto no hay que decir cómo se pasaban aun en una relativa tranquilidad aquellos copiosos yantares. La relación del regidor Goret, adscrito á la guardia de los reyes, por el ayuntamiento, dice hablaban los reyes de mil cosas baladíes en la mesa y en la sobremesa, pero mostrando un humor parecido al que mostraban los días de su poder y de su fortuna en Versalles. Este mismo dice que los cocineros y pinches, los jefes, como se llaman en lenguaje culinario á quienes manipulan la cocina, eran los mismos de las Tullerías y tomaban mayores cuidados entonces que antes al objeto y fin de que nada faltase á sus señores. Cerca de veinte mil duros se invertían en las comidas mensualmente. Y conviene mucho recordar esto porque prueba cómo los mismos republicanos trataban á los monarcas en la hora de su desgracia cual gentes superiores, dignas por su naturaleza nativa y por su cargo social de privilegios y excepciones hasta en el seno de la República.

Así, los primeros días, á pesar de lo muy aglomerados que se hallaban todos aquellos personajes; de las inspecciones y revistas con que los molestaba el Municipio revolucionario continuamente; de los desacatos cometidos y de las irreverencias acostumbradas en sus guardianes y centinelas, que se calaban el sombrero al verlos, y solían echarles á los ojos las bocanadas de sus tabacos, y los eructos de sus aguardientes á las narices; entre que tenían una biblioteca, provista, una sociedad selecta con la princesa Lamballe y la institutriz Tourzel y los dos mayordomos tan vigilantes, que se llamaban Hué y Clery, una mesa bien servida, inteligencias con las gentes de Palacio, noticias de todo por los que dentro se quedaban, y paseos en las alamedas, prolongados á veces dos horas, que les servían para, por señas, anudar compromisos ó relaciones con los vecinos realistas, no lo pasaban del todo mal aquellos infelices prisioneros, apenados por su falta de libertad, por su comparación intuitiva con los tiempos antiguos de gloria y de grandeza, por los presentimientos naturales, que les anunciaban mucho mayores y más irreparables desgracias, pero satisfechos de no estar como en las Tullerías, de lucha perenne con el pueblo. Bien